



DISCURSO
SOBRE
LA MORAL EN EL ARTE¹

SEÑORES:

DE los inolvidables discursos que, á modo de monumentos perennes, señalan vuestro sucesivo ingreso en la Real Academia Española, y cuya primorosa hechura he vuelto yo á admirar estos días, buscando en ella lecciones y ejemplos para mi tarea de hoy, resulta que todos vosotros, con venir acompañados de títulos y merecimientos que á mí me faltan, y ser por todo extremo dignos de una investidura que tanto habíais de honrar, entrasteis llenos de confusión, timidez y reverencia en este Senado literario, templo de las leyes del buen decir, donde los

¹ Leído por el Autor al ser recibido públicamente en la Real Academia Española como su Individuo de número, el 25 de Febrero de 1877.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Próceres del Arte custodian y acrecientan el rico tesoro del habla de Castilla. Fácilmente, pues, adivinaréis los afectos, muy más vivos y apremiantes, cuanto son más naturales y debidos, que agitan mi corazón en este solemne acto, y algunos de los cuales, dicho sea en desagravio de la justicia, sirven de castigo á la avilantez con que, abusando de vuestra indulgencia, pretendí la no merecida honra de apellidarme vuestro compañero, cuando en realidad yo había de venir aquí (¿para qué negarlo?) á continuar siendo vuestro discípulo.

Mucho más diría en esto; pero acuden á mi memoria los pulidos términos y galanas frases con que todos vosotros, en tribulación análoga, que no idéntica á la mía, expresasteis iguales conceptos, y doleríame que, por desventajas de inteligencia y de estilo, apareciese hoy menos elocuente y afectuosa la obligación de mi agradecimiento que ayer la noble humildad de vuestra modestia. Séame lícito, en cambio, definir con ingenuidad, y en el llano y corriente lenguaje propio de mi afición á la novela de costumbres, la índole y naturaleza de las encontradas emociones que siente el amante de las Bellas Letras cuando pasa del estado de escritor por fuero propio á la categoría oficial de individuo de esta ilustre Corporación, ó explicar á lo menos las inquietudes que experimenta con tal motivo quien, como yo, durante

una larga y alegre estudiantina literaria, sólo ha campado por su respeto.

Perdonadme, en gracia de la exactitud, el atrevimiento del símil que voy á emplear; pero la verdad es que, cuando considero el cúmulo de cuidados y atenciones que he echado sobre mí al atravesar esos umbrales (mis remordimientos por lo pasado, mis temores por lo futuro, el dolor por la libertad perdida, las reglas á que tendré que sujetar mi conducta, y los respetos que habré de guardar y hacer guardar en lo sucesivo), ocurreseme que esto de entrar en la Academia se parece mucho al acto de casarse. Experimento, sí, señores en este día la grave conmoción y saludable miedo del que deja las inmunidades de mozo por los deberes de casado, con ánimo y resolución de cumplirlos. Solicítase como una merced lo mismo el cargo de marido que el de académico; agrádese como una dicha y una honra; ufánase uno de verse tenido en tanto por la señora de sus pensamientos; da las gracias, personalmente, á todos los individuos de su nueva familia; parécenle pocos todos los regalos (ó sea malos todos los discursos) que excogita para agasajar á la novia; no puede, en fin, estar más alegre y reconocido.... Pero llega el día del Sacramento, llega el día de jurar ante Dios el anhelado cargo, llega el día de hoy, en una palabra, y el académico electo, como el

feliz contrayente, conoce que algo crítico, supremo y trascendental va á acontecer en su vida; que á sus ojos desaparece un horizonte y se abre otro, cual si estuviera atravesando la cumbre divisoria de dos comarcas, y que aquella solemne y decisiva hora, más bien es hora de abstracción y melancolía, de austeridad y sacrificio, que de profanas, amorosas complacencias.—De entonces en adelante, bien puede decir *adiós* el nuevo académico (dejemos por ahora al novio) á las libertades en materia de gusto, á las rebeldías contra los preceptos, á la independencia de sus juicios, á la impunidad de sus errores..... Pero ¿qué digo *adiós*? ¡Lo perseguirá el recuerdo de sus piraterías literarias, y entrará en deseos de quemar cuantos escritos llevan su nombre, versos y prosa, comedias y novelas, y sobre todo los folletines de supuesta crítica, al modo que el recién casado arroja al fuego cartas, flores, efigies, perfumadas trenzas y demás testimonios *non sanctos* de sus campañas de soltero!

Con lo que acabo de decir quedan liquidados y saldados algunos créditos de mi conciencia, generosamente olvidados por vosotros, y réstame ahora añadir que me punza tanto más en la ocasión presente el recuerdo de mis pecados literarios, cuánto que vengo á ocupar la vacante de un modelo de virtudes académicas (las tuvo de todo orden), escritor pulcro y mo-

ral desde los primeros años de su vida, pensador siempre arreglado, poeta envidiable, humanista perfecto; utilísima abeja, digámoslo así, en las arduas tareas de esta casa, donde se afaná constantemente por el bien y el aumento de las Letras españolas.—Tal fué D. Fermín de la Puente Apecechea.

De tan valiosas cualidades, que perpetuarán el renombre de aquel varón insigne, sólo una traigo yo probada, y ésa no con la nota de *sobresaliente*. La alegaré, sin embargo, como título á vuestra benevolencia, porque acredita, cuando menos, de parte mía, un buen deseo de cumplir la más importante y sagrada obligación aneja á los oficios de poeta y escritor público que me arrogué y desempeño hace ya veinticinco años.—Y con esto he llegado al tema del presente discurso.

*
* *

Refiérome, señores, á la intención moralizadora que siempre ha guiado los cortos vuelos de mi pluma, y que de igual manera deben, á mi juicio, llevar por delante, próxima ó remotamente, en todas sus creaciones, cuantos desde el teatro, desde el libro, desde el lienzo, ó por medio de la triunfal estatua, aleccionan y

dirigen, hasta cuando no lo pretenden, á la sociedad de que forman parte. En lo que á mí toca (y será ya lo último que os diga con relación á mi insignificante personalidad literaria), vuelvo á declarar que, constantemente, en todo linaje de escritos, sin excepción ninguna, me he propuesto lo que he considerado (no sé si con error ó sin él) útil á mi patria y á mis conciudadanos, cuando trataba de cosas políticas; útil á la familia y á la sociedad, si ensayaba la novela; consolador del espíritu humano, cuando pulsaba mi laúd granadino; es decir, que siempre he tenido por norte el bien, tal y como yo lo he discernido en cada circunstancia, y que, al azotar el vicio ó al ensalzar la virtud, al cantar el amor ó celebrar la hermosura, tanto como á elaborar ingeniosos primores retóricos, he propendido á que la *belleza* de la forma sirviese de gala y realce á la *bondad* ó á la *verdad* de los pensamientos.

No ostentara yo como un timbre tan pobre ejecutoria, donde no hay quien no la posea en unión de otros blasones de más precio, ni viera hoy á defender en este acto público, como tesis litigiosa y materia opinable, lo que durante miles de años ha sido máxima inconcusa, sino hubiésemos llegado á tiempos en que es tal la fiebre de las pasiones y tan horrible la consiguiente perturbación de las ideas, que ya corre válida por el mundo, en són de

axioma estético y principio didáctico, la peregrina especie, nacida en la delirante Alemania, adulterada por el materialismo francés y acogida con fruición por el insepulto paganismo italiano, de que el *Arte*, incluyendo en esta denominación las Bellas Letras, es independiente de la *Moral*; de que, proscrito el *Bien* de los dominios de Apolo, la *Belleza* debe servir de único término ideal ó exclusivo objeto de atribución á poetas y artistas, y de que *Bien* y *Belleza* son, por tanto, conceptos separables. ¡Es decir; que, según los flamantes críticos, cabe que al espíritu humano le parezca bello lo ocioso, bello lo nulo, bello lo indiferente, y hasta bello lo malo, lo injusto, lo inicuo y lo aborrecible!.... Ni ¿qué sabemos? ¡Acaso, para explicar ese dualismo de juicios y esa contradicción de fallos en un solo tribunal, supongan que el alma del hombre está, como si dijéramos, dividida en negociados, ajenos é independientes entre sí, de modo y forma que con un pedazo del espíritu se pueda amar lo que se desprecia ó se abomina con el otro; desconociendo así los ilusos que nuestra alma, imaterial é indivisible, es como misterioso sagrario, donde, al calor de las ideas innatas y á la divina luz de la conciencia, se asocian, funden y armonizan (no sin continuas victorias de la imaginación sobre los cinco sentidos) los varios afectos y confusas nociones que nos

ofrece el mundo exterior; con lo que, tras felices desengaños del mortal orgullo, despiértase en nuestro ser aquel ansia infinita de *verdad, bondad y belleza* eternas y absolutas que ha producido todas las grandes obras humanas, y que es, á un tiempo mismo, vivaz estímulo de la mente, insaciable sed de justicia en el corazón y perpetua melancolía del descontentadizo sentimiento, predestinado á goces inmortales!

No se me oculta que ese cisma literario, cuyo grito de guerra es «*el Arte por el Arte*» (frase puramente retórica, y de origen polémico, sin valor alguno científico, y cuya verdadera fórmula sería «*el Arte por la Belleza*», surgió en són de protesta y refutación contra los que, exagerando las legítimas aspiraciones de un excelente deseo, sostenían que el Arte no debía ser más que una expresión religiosa, tan inmediata y directa como el culto, ó contra los que sólo veían en él un medio mecánico de enseñanza, á la manera de los juguetes que sirven para que los niños aprendan Historia; doctrinas ambas inadmisibles en absoluto, por cuanto anulaban nobles y maravillosos registros del complicado entendimiento humano, ora condenando el Arte á degenerar en un simbolismo caprichoso, especie de escritura jeroglífica, y á formar parte del ritual de cada creencia, ora reduciéndolo á la condición de instrumento útil, cuyo mérito habría por ende

de graduarse, no en el orden estético, sino con arreglo á su eficacia y resultados.... Pero la verdad es que, por mucho error que hubiese en confundir los tres grandes términos de la actividad humana, subordinando incondicionalmente á las leyes de la *Bondad* ó de la *Verdad* el concepto de la *Belleza*, mayor lo hay, y más trascendental y peligroso, en estos que proclaman el divorcio é incomunicación de las facultades de nuestro espíritu, la negación de la unidad absoluta de nuestro sér, la división de nuestra conciencia, la ambigüedad de nuestro albedrío, el fraccionamiento de nuestra mente;—especie de cantonalismo cerebral, en que el Arte, la Moral y la Ciencia descuartizan y se distribuyen el sagrado imperio del alma.

Contra semejantes absurdos álzanse juntamente la Filosofía y los hechos; y éstas serán las dos parte en que yo divida mis alegaciones, bien que compendiándolas todo lo posible á fin de no cansaros demasiado.

*
* * *

La Filosofía nos enseña que, si en el orden metafísico figuran como *distintas* las tres ideas capitales, Bondad, Verdad y Belleza, es por-

que así se presentan á nuestra limitada razón, la cual no puede reducirlas á un solo concepto. No puede, no; lo reconozco de buen grado. A ser posible esa reducción, el mundo psicológico se regiría por otras leyes, y la justicia se fundaría en otras bases muy diferentes de las de hoy. Baste decir en lo respectivo á mi propósito (y como leve indicio de mayores monstruosidades), que por resultas de la aleación de la Bondad con la Belleza, los preceptos estéticos tendrían sanción penal y la fealdad se castigaría como delito; cosa tan extraña y repugnante á los dictados de nuestra conciencia, que la rechazaron hasta los mismos griegos del siglo de Pericles; los cuales, en medio de su fanática adoración á la forma, se limitaron á penar la caricatura voluntaria.— Pero la distinción no arguye contradicción, y, si bien consideramos como *distintas* esas tres ideas supremas, las contemplamos en una armónica unidad absoluta, donde no cabe antagonismo: afirmase, por tanto, mutuamente, lejos de contradecirse, y se reflejan unas en otras como nobles hermanas de sorprendente parecido, explicándose así que en todo espíritu sano causen igual complacencia la justicia que la hermosura; la gratitud ó el heroísmo, que el descubrimiento de las verdades trabajosamente inquiridas; la santa Caridad que los sublimes espectáculos de la Natura-

leza, y que todos estos afectos se resuelvan siempre en una sola emoción de misteriosa dulzura; ¡en aquel llanto del alma que nos arrancan las cosas *sublimes* y que es la mejor ofrenda del entusiasmo!

Según tales principios, cuando creemos notar contradicción entre lo bueno y lo bello, debe de ser á lo sumo mera apariencia engañadora, forjada por oculto sofisma; que también los hay en el campo de la Estética y no menos perniciosos que los de la lógica. Sofisma estético es, por ejemplo, confundir dos ó más de los órdenes en que la Belleza se particulariza, é inferir correlativamente de semejante confusión pugna y conflicto entre la Belleza y la Bondad.—Citaré un caso muy notorio de este paralogismo: Víctor Hugo quiso unir la belleza *moral* á la deformidad *física* en la figura de Quasimodo. Nada censurable había en ello; porque, siendo de distinto orden las bellezas física y moral, cabe separarlas....., — y separadas ¡ay! aparecen en la realidad con harta frecuencia, bien que no por fortuna mía en las bellas cuanto bondadosas damas que me escuchan..... Pero el sofisma nace cuando, en nombre de la belleza *moral*, Quasimodo solicita, no un afecto moral también, que era el correspondiente á su mérito, no admiración, no gratitud, no amistad del espíritu, sino el *amor* de Esmeralda, el feudo de

su *hermosura*, aquel cariño (digámoslo de una vez), libre y tiránico como el gusto, en que, por disposición divina, tanto puede una bella cara y á cuyos mortales ojos son inseparables alma y cuerpo.—Víctor Hugo se guarda muy bien de advertirnos, al llegar á este punto de su obra, que la belleza moral de Quasimodo, ó sea su virtud, se había trocado en una fealdad mayor que la de su físico desde que el jorobado dió alas á aquella pasión *leo-nina*; pero estoy seguro de que el gran poeta repararía inmediatamente en su propio contrasentido, y de que, si pasó adelante, fué.... por desprecio á la penetración de sus lectores.

Otro sofisma estético, mucho más grave sin duda alguna, es sobreponer á una monstruosidad moral una belleza verdadera *de diferente origen*, y hacerlo con tal artificio que no sea fácil descubrir la incongruencia.—Vaya un ejemplo: Supongamos que el Partenón se destinara á guarida de facinerosos (lo cual ocurría efectivamente hace pocos años), é imaginemos que algún crítico exclamase (cosa también verosímil): «¡*Qué ladronera tan bella!*» ¿Habría exactitud en este juicio? No. El Partenón no sería la ladronera: lo serían las piedras de que se componen, ó más bien el espacio por las piedras comprendido. El Partenón seguiría siendo una obra realmente bella, inspirada por los más nobles sentimientos

humanos (la religión y el patriotismo), mientras que la tal *ladronera*, es decir, los ladrones allí alojados, seguirían siendo feos, aborrecibles, infames, aun bajo las puras columnatas de un templo tan grandioso.—Ahora bien: todas las obras artísticas inmorales, todas las maravillas literarias de argumento vil y frase obscena, son otros tantos templos convertidos en albergue de malhechores. Así anda la ruin lascivia entre los cincelados versos del *Ars Amandi*, ó así habitan la impiedad y el cinismo en los severos moldes de los exámetros de Lucrecio.

Pero admitamos por un instante que la Belleza no tiene el valor metafísico, ó sea el íntimo enlace con la Bondad y con la Verdad, que nosotros le hemos otorgado....—¿Qué pudiera ser entonces? ¿Sería, como pretenden algunos, el término exterior incógnito á que adapta su actividad lo que ha solido llamarse *sentido estético ó sexto sentido?*

¡Ni tan siquiera se concibe tal conjetura! Para ello se requeriría que ese presunto paladar del alma mostrase su acción universalmente uniforme, reconociendo y saboreando la Belleza donde y como quiera que se le presentase, y sabido es que en nuestro globo no sucede nada de esto! Antes ocurre todo lo contrario, como lo demuestra, no ya la variedad, sino la incompatibilidad de fenómenos

que ofrece la raza humana en materia de gustos, cual si el Supremo Hacedor bubiese querido evitar, entre otras complicaciones, el que todos los hombres se enamorasen de una misma mujer, ó el que las pobres feas lo fuesen por unanimidad de votos. — ¿Quién, pues, ni en virtud de qué término superior, podría dar la pauta de la Belleza, redactar su código, imponer sus preceptos? — Nadie absolutamente. ¡Cada *séxto sentido* defendería su derecho individual (que decimos ahora), y habría que admitir tantas Bellezas como gustos, declarando que todas eran igualmente legítimas y respetables!..... Pero ¿qué digo? ¡Ni aun el gusto propio sería regla constante para cada persona, pues las delectaciones y las preferencias varían con la educación, con la edad, con la costumbre y hasta con el cambio de condición y de circunstancias exteriores! ¿No hemos mudado todos de aficiones artísticas y literarias en el trascurso de nuestra vida? ¿No hemos cambiado de autores favoritos? ¿Quién no se ha convertido de romántico en clásico, ó de clásico en ecléctico? ¿Quién no prefirió en su loca juventud las novelas de Balzac á las de Manzoni, ó los estrépitos de Verdi á los suspiros de Stradella? ¿Quién no ha acabado por inmolár todas las beldades de Ticiano delante del *Jacob* del Spagnoletto? ¿Quién no ha variado de opinión, desinteresadamente, acerca

de si los ojos negros son más ó menos hermosos que los azules, sobre si la hija de Eva debe ser menuda como la Venus de Médicis, ó recia como la Venus de Milo, y hasta respecto de la edad y sazón en que la mujer reúne mayores encantos?

Hay más en contra de la teoría del *sentido estético*; y es que, no tan sólo no existen bellezas naturales ni artísticas que imperen simultáneamente en todos los ánimos, ó toda la vida en un mismo año (salvo honrosas excepciones), sino que, admitido ese criterio experimental, habría que dividir el mundo de la estética en zonas de varios colores, como los mapas políticos y geológicos, estableciendo un ideal de belleza para los chinos, otro para los etíopes, otro para los blancos, y así sucesivamente. Por otra parte, la proclamación de ese oculto sentido como independiente juez de la Belleza, reduciría el Arte á una lisonja del gusto, ó sea la habilidad de complacer al que comprase cada obra, y la mejor creación, en definitiva, sería aquella que hubiese agradado al mayor número; de donde el Arte y la Moda se conceptuarían como sinónimos, el ingenio se mediría por circunstancias externas, y el *buen gusto* bajaría á la condición de *humor*; que tanto vale la preferencia accidental y variable, libre de reglas y de respetos. Habría, pues, dictaduras oligárqui-

cas de maestros, críticos y coleccionistas, y los consiguientes motines del *vulgo necio* (que decía Lope), y tremendas victorias de esta inmortal especie, más numerosa en todo tiempo que la de los doctos: con lo que, suprimidas las Academias, y en virtud de un plebiscito de *sentidos estéticos*, serían laureados en justicia los Churriguerras, Comellas y Rengifos, viéramos salir expulsados del Museo de Pinturas los cuadros que no fuesen bellos..... según el sufragio universal, y las personas bien nacidas tendrían que emigrar á un desierto, llevándose sus penates artísticos y literarios, para seguir rindiéndoles vasallaje y culto.

Basta de semejantes delirios. Convengamos en que la Belleza, desligada de la Metafísica, se desvanece como un sueño, y que el Arte baja en seguida al nivel de un oficio sin trascendencia, cuyo único mérito podría ser la imitación servil de la realidad, no como medio, sino como objeto definitivo; de la propia manera que antes hubimos de convenir en que esa misma Belleza, desligada de la Bondad, es un contrasentido que rechaza la lógica y repugna la conciencia, por cuanto implica la divisibilidad del alma humana.—Ahora, en confirmación de todo lo apuntado, y según también he prometido, voy á aducir razones extrínsecas ó de hecho, por las cuales demostraré que nunca, en ninguna edad ni en nin-

gún pueblo, bajo los auspicios de ninguna Religión ni en las tinieblas del más feroz ateísmo, han caminado separadas la Bondad y la Belleza, ó sea la Moral y el Arte, sino que, por el contrario, entre las condiciones históricas que han hecho florecer las Artes y las Letras en determinados períodos, ha sido la principal el predominio de alguno de los más nobles y elevados sentimientos morales, como la Religión, el patriotismo, el amor del prójimo, la sed de justicia ó la ambición de gloria. Y demostrado quedará también que, cuando estos sublimes afectos se entibian ó apagan en la sociedad al soplo del escepticismo ó de la indiferencia, el Arte padece una especie de eclipse, por tal extremo que si, aun entonces, llega á producir algunas obras, son más artificiales que artísticas; frutos académicos, hijos del estudio; recuerdos de inspiraciones ajenas que no pertenecen en realidad al tiempo en que se fabrican, sino á las edades fecundas que les proporcionaron los modelos.

*
* *

Pero al llegar á este punto, y habiendo hablado tanto de la *Belleza*, justo es que digamos algo de la *Moral*, antes de que se me pregunte

(pues hoy se preguntan ya tales cosas) qué entiendo yo por *Moral*, ó á qué *Moral* me refiero al presentarla como inseparable amiga del *Arte*.

Empiezo por declarar (á cuenta de concepciones que habré de hacer muy luego) que para mí la *Moral* verdadera es la predicada por Jesucristo, la redentora del alma, la de la humildad, la de la paciencia, la de la caridad, la del perdón de las injurias, la que dijo: *alteri ne feceris quod tibi fieri non vis*; pues yo creo y confieso que esa *Moral* es la escrita *ab initio* por Dios en el corazón humano y oscurecida después por la concupiscencia, que hoy llamamos materialismo; la propia palabra de Dios hecho hombre; la que nos levanta y sublima sobre el resto de los seres creados; la que vence y anula nuestros instintos brutales; la que despierta y ejercita todas las fuerzas de nuestro espíritu impercedero.—Sin embargo, como en esta controversia no se trata de la *Moral* en su sentido estricto, ó sea de ninguna regla de costumbres que guarde relación con determinados dogmas religiosos, considero fuera del caso ponerme á romper lanzas por mi fe y á preconizar sus timbres y excelencias. No teman, pues, los enemigos de Jesús, ó los meros campeones *del Arte por el Arte*, que yo vaya confundir la bondad metafísica con la ortodoxia católica, y á fulminar excomuniones

estéticas sobre la gentilidad y la herejía, pidiendo que sean arrojados del Parnaso Homero y Virgilio porque no fueron cristianos, ó Shakespeare y Goëthe porque no fueron papistas..... Ventilase aquí materia más abstracta y filosófica: trátase de la *Moral* en su sentido lato: inquiere desde un punto de vista anterior, ya que no superior, á las leyes positivas, á los códigos casuísticos y á las Religiones que les sirvieron de base, si en la India, si en Egipto, si en Grecia, si en la Roma gentil, si en los pueblos agarenos, si, finalmente, en las Naciones heréticas y cismáticas, lo mismo que en las católicas puras, los grandes poetas y artistas se propusieron ó no siempre en sus inmortales obras, al par que traducir á formas determinadas su concepto de la Belleza, algún otro fin ulterior, alguna idea que les pareciese útil y saludable, alguna predicación, alguna enseñanza, algún consuelo, alguna apoteosis. Es decir, que en este examen, para conceder á un autor el dictado de *moral*, deberá bastarnos que haya tenido intención y propósito de serlo; de la propia suerte que llamamos *religioso* al que sinceramente profesa una religión falsa, sin pararnos á considerar los errores que patrocina y difunde por desconocimiento de la fe que tenemos por verdadera.

Sentadas estas premisas, ¿quién será osado á negar que todas las grandes obras literarias

y artísticas del humano ingenio han sido y son *morales* en su esencia, encomiásticas de lo bueno y de lo justo, docentes de presuntas verdades, auxiliares, en fin, de las Religiones, de las Ciencias ó de la Filosofía?—Creo que nadie en este recinto; pero bueno será que echemos una rápida ojeada sobre el campo de las Bellas Artes y de las Buenas Letras, donde hallaremos, no digo probadas, sino vivas y fehacientes, mis incontrovertibles afirmaciones.

* * *

Prescindir pudiera del *Orientalismo* en sus varios aspectos (indio, egipcio, asirio, hebreo y mahometano), y muy poco diré de él, pues hasta la misma escuela que combato reconocerá sin duda alguna el alto sentido moral, y aun más que moral, religioso, de las obras artísticas y literarias de esos pueblos, de esas razas, de esas civilizaciones. En sus templos y en sus poemas, en sus cuentos como en sus palacios, predomina siempre la idea teocrática: el hombre se anonada ante Dios, sea contemplándolo, sea sometiéndosele: la Religión lo absorbe todo.—De aquí la propensión de sus artistas y poetas al misterio y al símbolo, los arranques líricos de los semitas icono-

clastas, judíos y árabes, las imágenes gigantes de los Indios, las metáforas esculturales de los Egipcios y las fórmulas abstrusas de los Caldeos. Cada ingente montaña esculpida en forma de sagrado elefante, cada pirámide ó cada esfinge plantado en los confines de los Desiertos, cada mezquita ó cada alcázar mahometano revestido de versículos religiosos ó de afligridas combinaciones geométricas de mística alegoría, con exclusión de la forma humana y de toda otra imagen de criatura ó cosa perecedera, es un libro santo que habla de la Eternidad y de Dios: es una cristalización de la infinita poesía que respiran los piadosos versos de los Vedas, del Antiguo Testamento y del Corán!.... Pero ¿á qué dirigir tan lejos la vista? Nuestro Palacio de la Alhambra, mansión destinada al solaz y lucimiento de una dinastía de Príncipes, podría pasar por un templo erigido en honra y gloria de Alá.... «¡Alá es grande!» dicen mil y mil veces los bordados muros.... «¡Alá es grande!» parece que susurra el agua al caer sonora de pila en pila, besando al paso tan sagrada leyenda.... «¡Alá es grande!» repiten los solitarios ecos de aquellas estancias, nunca perdidas definitivamente para los ensueños de los Moros.

Consecuencia necesaria de esa índole invariable de las Artes asiáticas y egipcias, es la falta de equilibrio que resulta entre la idea